

inútilmente consumir sus víveres, esto habia sido imposible de realizar, porque pueblos enteros, al acercarse los españoles, abandonaban sus hogares, buscando en Tenochtitlan un refugio que creían seguro. De esta manera la poblacion habia aumentado considerablemente, al grado de que las plazas y calles públicas veíanse diariamente invadidas por una muchedumbre que vagaba lamentándose de su miseria.

Al saber Cuauhtemoc que Sandoval habia ocupado Ixtapalapan, aseguró á algunos de sus oficiales, que el sitio habia comenzado, y el valor azteca estaba á prueba. La confianza mas completa reinaba en todo el ejército, así como en el espíritu de Cuauhtemoc, quien tenia la seguridad de batir á sus enemigos, y de arrojarlos de sus dominios.

Si la civilizacion azteca hubiese estado un poco mas adelantada; si los mexicanos hubieran siquiera conocido el fierro, y hubieran hecho de él sus armas, indudablemente que la conquista se habria retardado algunos años, y quién sabe si algunos siglos, pues la situacion política de España, que vino á salvar en gran parte la adquisicion de la América, no era la mas á propósito para llevar á cabo tan colosal empresa.

Los soldados aztecas, desnudos y mal armados, no temieron nunca batirse cuerpo á cuerpo con los españoles perfectamente armados, y defendidos por formidables corazas. Sus mismos aliados habian mejorado su armamento; y mas que todo habian traído á los conquistadores un contingente numeroso, que les permitia asediar la mas importante ciudad de la América.

Si los servicios de estos aliados pudieran apreciarse en todo su valor, ha dicho un escritor contemporáneo, indudablemente Cortés descendería algunos escalones del enorme pedestal en que se le ha colocado.

XI.

Conociendo Cuauhtemoc que solo le quedaba para comunicarse con tierra firme, la parte de la laguna, intentó destruir la flotilla de Cortés, para lo cual un buen número de canoas surcaron las aguas de Texcoco. No es difícil comprender que las mejores condiciones marineras de los bergantines españoles, y el poderoso auxilio de su artillería, habian de destruir las débiles canoas de los aztecas, muy recargadas por el peso de los guerreros que cada una contenia. Así sucedió en efecto, teniendo que retirarse á México las pocas canoas que pudieron huir al alcance de los buques españoles.

Cortés habia establecido su cuartel general en la calzada, á media legua de la poblacion, en el lugar en que hoy está la garita de San Antonio Abad. Esta calzada de gran anchura permitió á los españoles construir á ambos lados sus cuarteles, y fortificar el punto con algunas piezas de artillería retiradas de los bergantines.

Cuauhtemoc trató de impedir el establecimiento de los españoles; pero esto fué imposible, por estar fortificado y numerosamente defendido.

El sitio todavía era imperfecto, pues no se había cubierto la calzada que unía Tenochtitlan con Tepeyacac (hoy Guadalupe). Sandoval fué encargado de ir á ocuparla.

La populosa ciudad que había nacido como Vénus del fondo de las aguas, veíase completamente aislada y ceñida en un círculo de hierro.

Había recomendado Cuauhtemoc la mayor vigilancia, la cual durante todo el sitio no faltó un solo instante. Abrióronse y fortificáronse en las calzadas nuevos fosos y parapetos, y el ejército convenientemente distribuido, estaba pronto á ocurrir al lugar del combate.

La situación de una plaza sitiada es demasiado azarosa, y tiene que estar siempre vigilante, ignorando el momento del ataque y el lugar por donde debe efectuarse; y solo la prudencia y sábias disposiciones del general en jefe pueden salvarla.

Cuauhtemoc era todo un guerrero, y lo había previsto todo y todo lo vigilaba. Así supo oportunamente que á los primeros albores de la mañana siguiente á la llegada de Cortés á la calzada, todas las fuerzas se movían sobre la ciudad. El ejército se dividió en varios cuerpos. El asalto comenzó con desesperación. Sandoval y Alvarado atacaron las calzadas del Norte y el Poniente, y Cortés en persona la del Sur.

Los españoles atacaron la primera trinchera del foso, el cual no era posible salvar ni flanquear. Los asaltantes sufrieron desde luego grandes pérdidas, y varias veces tuvieron que desistir de sus ataques. Sus cadáveres seguían amontonándose al frente de la fortificación; entonces los bergantines se acercaron á los lados del parapeto, y comenzaron un fuerte cañoneo. Flanqueada así la posición no era posible defenderla, y los mexicanos se retiraron en buen orden hasta un segundo foso.

El mismo ataque, la misma resistencia, el propio acercamiento de los bergantines hasta hacer abandonar la fortificación.

Así sucesivamente fué Cortés ocupando cuantos fosos encontraba á su paso, hasta verse por fin dentro de los arrabales de la ciudad. Entonces la situación cambió por completo: cada casa era una muralla, cada habitante un soldado. Ocupada una posición, los aliados encargábanse de destruirla y de saquearla. Así quedó convertido en escombros todo el arrabal. Las fuerzas españolas penetraron llevando la destrucción y el incendio, hasta la plaza del templo mayor: allí se asentaba el palacio de Axayacatl y el famosísimo templo, cuya vista, dice un historiador, no dejó de traer á los españoles lúgubres recuerdos, en recompensa de los cuales pusieron fuego al palacio y á las casas vecinas. Varios soldados más ávidos de riqueza que de gloria, se lanzaron al templo, donde hicieron rica provisión de joyas y de telas. Los que tal hicieron allí encontraron la muerte. Peleábase entretanto en la plaza con formidable denuedo. La roja luz del incendio, la sangre, el grito de guerra de los mexicanos, el lánguido lamento de los moribundos y el tronar de los cañones, todo aumentaba el estruendo y la algazara. De repente, por una de las calles vecinas, desembocó el emperador, conduciendo un nuevo refuerzo. Atacó con tanto brío á los enemigos, que estos retrocedieron espantados; la desmoralización cundió, y solo se pensó en la fuga. Las piezas de artillería quedaron abandonadas en la plaza. En balde hacía Cortés esfuerzos sobrehumanos para impedir su derrota, que solo pudo evitar la oportuna presencia de un grupo de caballería: esto dió tregua al alcance de los aztecas, tregua que Cortés supo aprovechar para volver sobre la ciudad, teniendo la fortuna de recuperar sus cañones; pero nuevamente atacado, fué arrojado hasta su campamento con innumerables pérdidas. Este asalto duró un día entero.

Sandoval y Alvarado, aunque también se habían batido con denuedo, no habían podido penetrar á la ciudad.

El bravo Cuauhtemoc había estado en todos los puntos de peligro, y personalmente había conducido la reserva que arrojó las huestes de Cortés.

Pasóse la noche en la mayor agitacion: los fosos fueron nuevamente abiertos y fortificados; el incendio, cuyos avances no se habian podido impedir, iluminó parte de la noche aquellas tétricas escenas de exterminio.

Montones de cadáveres impedían el tránsito: hízose sepultar á unos y depositar á otros en el gran templo, para hacerles oportunamente sus correspondientes exéquias.

Al dia siguiente, la ciudad volvió á ser asaltada; nuevamente fueron defendidos los fosos, y nuevamente atacados por los bergantines: hácia las tres de la tarde, los españoles habian penetrado hasta la plaza mayor. La sangre vertida no se habia secado, cuando otra nueva venia á aumentar los negros charquerones; el incendio no se habia extinguido cuando de allí se proveyeron aliados y españoles de teas, con las que incendiaron la magnífica pajarera que existia en un extremo del palacio de Motecuhzoma.

¡Guerra inícuca, que así destruía los monumentos y las muestras de una adelantada civilizacion!

Cuauhtemoc volvió, como el dia anterior, á aparecer con las reservas, y los españoles fueron arrojados hasta su campamento.

Ixtlilxochitl, entonces rey de Texcoco, habia combatido al lado de Cortés, no obstante los epítetos de cobarde y traidor á su sangre y á su patria, con que los mexicanos le bautizaban. Dice el cronista pariente de este rey, que era cierto por desgracia que defendia una causa que no era la de su pueblo.

Ixtlilxochitl no se habia contentado con venir personalmente á combatir al lado de los españoles, sino que les habia traído un nuevo contingente de mas de 50,000 hombres. No es aventurado decir que Cortés tenia sobre México un ejército de mas de 200,000 combatientes.

Hácia las calzadas que estaban al cuidado de Alvarado y de Sandoval, peleábase tambien desesperadamente.

Los siguientes dias á los combates de que hemos hablado, repitiéronse en toda la línea los asaltos con mas ó menos éxi-

to, pero sin que los españoles fijaran sus cuarteles en la ciudad. La situacion de esta comenzaba á ser angustiosa, pues los pueblos del lago, de donde se proveia, empezaron á insurreccionarse ó á unirse á los españoles, luego que fueron conociendo la situacion de los mexicanos.

Aunque la vigilancia ejercida por los bergantines dia y noche, impedía el salir de la ciudad á las canoas aztecas, sin embargo, estas, á favor de la oscuridad, lograban ir en busca de víveres, que inmediatamente eran devorados en la ciudad sitiada.

Cuauhtemoc, no pudiendo soportar tranquilo la situacion á que su pueblo se veia reducido, hacia esfuerzos heróicos para destruir los campamentos españoles; y contra la costumbre de los aztecas, generalmente sus salidas eran nocturnas, y casi ninguna noche se dejó de combatir en todas las calzadas.

Se intentó destruir la escuadra española; y al efecto, se emboscaron varias canoas entre los cañaverales de la laguna: unas chalupas se aventuraron á acercarse á los bergantines huyendo despues violentamente: los barcos españoles emprendieron su persecucion, y fueron á encallar en unas estacas que los mexicanos hábilmente habian clavado en el fondo de la laguna.

Sin movimiento alguno, los barcos se vieron abordados por un sinnúmero de canoas. La situacion de los españoles era demasiado crítica, y á no ser el mortífero efecto de sus cañones y de sus arcabuces, que tuvieron alejados á los asaltantes, indudablemente la escuadra hubiera sido destruida. Un buzo se arrojó al agua, y pudo con sumo esfuerzo quitar algunas estacas y dar movimiento á los bergantines.

Mas tarde, los soldados de Cortés repitieron esta misma estratajema, consiguiendo destruir á las canoas mexicanas.

La ingeniosa operacion de los aztecas, tan desgraciadamente concluida, hizo perder las últimas esperanzas de alcanzar para la ciudad víveres y refuerzos.

La situacion de Tenochtitlan continuaba mas y mas apre-

miente; día á día los víveres eran mas escasos, las salidas mas repetidas, mayor el número de heridos, é incontable ya el de los muertos. Del ejército que defendía la ciudad de Tenoch, habia sucumbido una mitad, y la otra, aunque disminuida, conservaba toda su energía.

Un incidente vino á mejorar su condicion moral.

Los días habian trascurrido violentamente desde las primeras operaciones, y por mucho que los españoles estuviesen avezados á los trabajos y á las fatigas, habíanse desvelado ya tanto, durante los combates nocturnos; habian batallado tanto, que el desaliento cundia entre los soldados de Cortés. Una junta de guerra decidió que se intentaria un nuevo asalto, á fin de apoderarse de la plaza del mercado, vasto edificio rodeado de anchurosos pórticos, que podia servir de cuartel á un ejército.

El plan concebido por Alderete, tesorero de la corona, fué aprobado; y aunque con disgusto de Cortés, diéronse las órdenes convenientes.

Al día siguiente de esta orden, la fuerza del Sur, reforzada con algunas de Sandoval, intentaba un asalto; y Cortés, igualmente ayudado por tropas de refresco, avanzó por la calzada.

Los fosos fueron tenazmente defendidos y asaltados; y hácia el medio día, los españoles combatían en las calles de la ciudad; pero contra su costumbre, no siguieron la calle recta que conducía á la plaza, y que otras veces habian ocupado, sino que haciendo un movimiento de flanco, trataron de apoderarse del edificio del mercado. Esto fué bastante para que el hábil Cuauhtemoc adivinase las intenciones de sus adversarios. Tenia que atender, sin embargo, á los tres trozos en que Cortés habia dividido su ejército: uno de ellos, á las órdenes de Alvarado, seguía la calle principal; otro, que mandaban Andrés Tapia y Jorge Alvarado, seguían una calle paralela; y Cortés, con otra columna, seguía otra igualmente paralela. Cuauhtemoc, luego que conoció las intenciones del

enemigo, ordenó la retirada de su ejército, pero sin abandonar la defensa.

Aliados y españoles creían haber vencido ya y arrojaban gritos de entusiasmo. Sábese perfectamente que la antigua ciudad de los aztecas, estaba cruzada por canales; que en muchas de sus calles corría á lo largo de ellas una profunda acequia, y que otras estaban atravesadas por fosos, cuyo paso se hacia sobre débiles puentes. Cortés, conocedor de la astucia de sus enemigos, ordenó que se detuviera su fuerza, y personalmente marchó á reconocer los avances de las otras: en estos momentos, Alderete le comunicaba que casi ocupaba la plaza del mercado. En efecto, luego que Cuauhtemoc vió avanzar las tres columnas sobre la ciudad, y notó que á la retirada del ejército una de ellas se avanzaba sin precauciones ningunas, intentó cortarla y destruirla, quedando así aislada de las otras dos, cuya derrota podia ser demasiado fácil. La fuerza de Alderete no habia cuidado de cegar un profundo foso que habia pasado sobre un puente. Cuauhtemoc ordenó inmediatamente que allí se situase una fuerza azteca, y él en persona atacó de frente y por la retaguardia la columna española.

El ataque fué tremendo; la corneta de Cuauhtemoc, únicamente tocada en circunstancias difíciles, dejó oír su fuerte sonido; y millares de guerreros se arrojaron sobre los invasores, á los que les fué imposible sostenerse en las calles, comenzando una retirada que pronto convirtiéndose en vergonzosa fuga. Hombres, caballos, todos se revolvían en espantosa confusion, aumentándola el pánico de los aliados y la tenaz persecucion de los mexicanos. En este instante llegó Cortés á incorporarse á las fuerzas de Alderete, temiéndolo que habia previsto; el jefe español fué arrastrado por la multitud hasta el anchuroso foso, en el cual aquellos fugitivos, muertos de espanto, se arrojaban ahogándose en sus aguas unos, otros salvándose, y todos aumentando la desmoralizacion y la derrota. Cortés trató en vano de hacer una defensa al otro lado del foso, porque los aztecas que le conocían

perfectamente, le hicieron el blanco de sus tiros; y comenzando á gritar: ¡El Malintzin! ¡El Malintzin! ya no trataron de matar á sus enemigos, cuanto de apoderarse del mismo Cortés. El conquistador recibió una herida en una pierna y cayó: sobre él siguieron pasando los fugitivos y los soldados mexicanos se arrojaron sobre su presa. Cristóbal de Olid le libertó de los mas audaces. Al rededor del cuerpo de Cortés formáronse algunos de sus soldados; y durante un instante se sostuvo una encarnizada lucha, disputándose el cuerpo del jefe español: muchos soldados sucumbieron en su defensa.

Seguindo la relacion de Prescott, hemos dicho que los mismos soldados de Cortés lograron libertarle de las manos de los aztecas; pero si hemos de creer al verídico Ixtlilxochitl, no fué sino el monarca de Texcoco, Ixtlilxochitl, el que libertara al jefe español. El autor citado dice textualmente: "Cortés, viendo la furia de los enemigos, tuvo por bien huir tambien, y al tiempo que llegaron al mal paso no se atrevieron á pasar por él si no era echándose en el agua, y así unos á otros se trabaron de las manos, y Ixtlilxochitl, que á esta ocasion llegó, mandó á sus soldados detuviesen á los enemigos y él se llegó presto y dióle la mano á Cortés, y le sacó del agua."

Lo hemos dicho ya y lo repetimos ahora: sin el eficaz auxilio y abnegacion de los aliados, la conquista hubiera muerto en su cuna, pereciendo Cortés y todos los suyos como unos desgraciados aventureros. El éxito feliz fué lo que hizo cambiar de nombre la accion de Cortés; desgraciada, hubiera sido conocida por piratería, por aventura ó por torpeza; realizada, diósele el pomposo título de heróica y de gloriosa.

La noticia de que Cortés habia caido en manos de los mexicanos, circuló por todo el ejército como una chispa eléctrica. Muchos de sus amigos personales retrocedieron para libertar á su jefe, al cual lograron salvar de entre sus enemigos.

Quiñones y otros, hicieron alejar á Cortés del teatro de aquella carnicería.

Si no hubiese sido porque los aztecas deseaban conservar

vivo á Cortés, para tener el gusto de sacrificarlo ante sus dioses, circunstancia que favoreció al conquistador las varias veces que se le hizo prisionero, de seguro que hubiera abortado la audaz intentona de la conquista; porque difícilmente se encontraria otro hombre que como Cortés, reuniese á un valor desmedido, mejor estrella y mayor audacia.

La retirada de Cortés ofrecia, sin embargo, sérios peligros: herido y desangrándose, tuvo que salir de entre la multitud que le envolvía, viendo morir á su lado á varios de sus amigos que tan lealmente le habian socorrido.

Muchos otros tomados prisioneros, arrojaban desde lejos desesperados gritos pidiendo socorro, y solicitando en vano un auxilio que no podia concedérseles.

Derrotada esta columna, fácilmente pudo Cuauhtemoc destruir á las otras dos.

Hacia el oscurecer, la ciudad quedaba enteramente libre de sus enemigos, celebrando su victoria con cantos de ingénuu alegría.

Portóse esta vez Cuauhtemoc con tanto valor como otras, que ya le habian adquirido el título de bravo; y sus disposiciones militares revelan que el monarca mexicano era prudente, y sabia aprovecharse de cualquier descuido de sus contrarios, circunstancias tan necesarias en un guerrero, y que han hecho del célebre Napoleon el gran capitán del siglo.

XII.

Crejóse en la ciudad que el sitio seria levantado, pues se sabia que los aliados tlaxcaltecas y chalcas, habian abandonado los campamentos españoles. La situacion de los sitiadores no podia ser mas comprometida; y solo un esfuerzo hecho por Cortés pudo impedir que los mismos españoles le abandonasen.

Los aliados llevaron la noticia de su derrota á los pueblos vecinos, y todos ellos trataron de someterse á los mexica, creyendo ya que no eran tan inmortales como pensaban, los soldados de Carlos V. Cortés, desesperado por su derrota, no tuvo otro medio mas que solicitar de sus aliados un plazo de ocho dias, para que se convenciesen de que las profecías de los sacerdotes aztecas, de que hablaremos despues, no eran mas que fútiles patrañas.

Dedicáronse los mexicanos al sacrificio de los prisioneros, cuyos gritos podíanse oír en los campamentos, y aun las mismas ejecuciones contemplarse desde las trincheras. El templo mayor, muy elevado sobre todas las casas de la ciudad, dejaba mirar de noche el fulgor de las luminarias religiosas, y de dia dejaba oír el tañido del teponaxtle, cuyo sonido lle-

naba á los aliados de místico respeto, y de consternacion á los españoles, que comprendian los sufrimientos á que se veian reducidos sus compañeros. Cuauhtemoc tomó parte en las fiestas; y á fin de moralizar mas á su pueblo y á sus tropas, valióse de una intriga, que como todas las que se cubren con el ropaje religioso, alcanzó gran boga entre sus súbditos. Al efecto, púsose de acuerdo con los sacerdotes, á fin de que manifestasen á los aztecas, que el Dios Huitzilopochtli, satisfecho con el sacrificio cuantioso que se le habia hecho, de soldados enemigos, les habia anunciado que los españoles serian destruidos antes de ocho dias, y todos ellos entregados á los mexica para que muriesen sacrificados. Esta intriga, que efectivamente moralizó mucho á los defensores de Tenochtitlan, sirvió, no obstante, para que Cortés pudiese continuar el asedio, pues habiendo trascurrido el plazo fatal, sin que los mexicanos adquiriesen grandes ventajas, los aliados comenzaron á creer que las profecías de sus dioses no debian realizarse.

Promesas y halagos, y sobre todo la oferta de que la ciudad seria saqueada, volvieron á traer al campamento español á muchos de los aliados; el sitio volvió á emprenderse, y las batallas fueron desde entonces diarias.

Cuauhtemoc no descansaba: ya le hemos visto como guerrero, combatiendo personalmente á los invasores; como político, valerse de la supersticion religiosa, para animar á sus soldados, y tratar de conquistar á su partido á los pueblos que se le habian alejado, remitiendo á las cercanías varios despojos de los españoles y aun ensangrentados miembros de los sacrificados, dándoles cuenta de las profecías de los dioses, y haciéndoles proposiciones ventajosas para que atacaran á los campamentos sitiadores. Estas prudentes medidas, si no en todas partes dieron favorables resultados, sí fueron bien acogidas en Cuauhnahuac (Cuernavaca), donde levantóse un ejército que atacó á la ciudad.

Al saberlo Cortés, dispuso que parte de su disminuida fuerza fuese en su auxilio: opusieronse á ello varios jefes, mani-

festando cuán peligroso seria separar un soldado de las desmembradas filas, cuya debilidad era extrema; “*mientras mayor sea, dijo Cortés, mas necesidad tenemos de cubrirla bajo las apariencias de la fuerza.*”

La falta de municiones agobiaba á los soldados de Cortés; pero, como observa juiciosamente Prescott, la fortuna, que rara vez dispensa con parsimonia ni sus desdenes, ni sus favores, habíase ya mostrado liberal á los españoles, permitiendo que á Veraacruz llegase un barco cargado de municiones, y de pertrechos militares. Esta embarcacion formaba parte de la flotilla que Ponce de Leon enviaba á la Florida. Ya con esto, intentóse un nuevo asalto general; y un consejo de guerra fué el encargado de aprobar ó desechar el plan propuesto por Cortés. Este consistía en penetrar hasta el centro de la ciudad, y allí tomar cuarteles sosteniendo la retaguardia del ejército por numerosos destacamentos, encargados ademas de demoler todos los edificios y de cegar todos los canales. Es decir, decretábase la ruina de una de las ciudades mas importantes del mundo nuevo, para tener el placer de gobernar sobre escombros.

Así fué, en efecto; el asalto comenzó: como otras veces, fueron defendidos heroicamente los fosos, las trincheras, las calles y las casas. Donde quiera que se presentaba un ligero obstáculo ó accidente del terreno, allí se trababa una horrible batalla. Cortés daba el ejemplo, ya batiéndose personalmente, ya acarreando vigas y piedras para cegar los terribles fosos: los edificios fueron prontamente destruidos hasta sus cimientos, y el ejército no avanzaba mientras no tenia á su espalda un terreno cubierto de cadáveres y de ruinas. Los mexicanos se batian con desesperacion, pero tenian siempre que retirarse á los ataques de la caballería, por no tener armas suficientemente largas con que resistirlos. La artillería de los españoles ocasionaba horribles estragos en aquellas columnas de valientes, y en aquellas casas endebles y ligeras; así llegó Cortés hasta la plaza del mercado. La ciudad, entretanto, era presa de horribles sufrimientos: la hambre mas

espantosa aniquilaba á sus defensores y habitantes; y hasta una inteligencia comun es capaz de adivinar lo que sufririan aquellos desgraciados, cuyos víveres se habian consumido hacia ya mucho tiempo.

Cuentan algunos cronistas que los aztecas llegaron á alimentarse con los cadáveres que cubrian las calles de la ciudad; aunque los mexicanos no eran antropófagos es fácil creer tal aseccion, cuando sabemos que en el sitio de Paris, en tiempo de Enrique IV, llegóse á comer un pan fabricado con huesos de muerto, y á cuyo pan dióse el nombre de *Pan Montpensier*.

Lo hecho hasta entonces por los defensores de la ciudad, indudablemente los habia ya cubierto de gloria; y la fama, el hecho hubiese ocurrido en otra parte, habríase encargado de proclamar su renombre; pero para Cuauhtemoc no era aún bastante, y no mandando ya mas que famélicos pelotones de héroes, no quiso dejar de resistir, ni entablar ninguna contestacion con los enemigos de su pueblo y de su raza.

— “Volved, le decia Cortés, á la obediencia que en un tiempo habeis jurado al monarca de Castilla; olvidaremos lo pasado; las personas, los bienes y los demas derechos de los aztecas serán inviolablemente respetados: vos sereis confirmado en vuestra autoridad, y la España volverá á tomar vuestra ciudad bajo su proteccion.”

A estas halagadoras promesas el emperador ni siquiera se dignó contestar; pero queriendo conocer la índole de sus tropas, reunió una junta de guerra y de sábios sujetando el caso á su decision.

Bien sabia que las promesas españolas eran irrealizables: bastábale para ello recordar lo que habian ofrecido al desgraciado Motecuhzoma, y ¡qué mucho que Cortés y Alvarado en su primera residencia en la ciudad y en la lejana América, violasen las leyes del deber y de la hospitalidad, si los mismos monarcas de Francia y de España en la propia Europa, tan fácilmente eran perjuros, y violaban los tratados ofrecidos cumplir aun delante de la hostia consagrada!